

LIBROS

La contagiosa percepción de Tomás revuelve la normalidad en todas las esferas de la vida del pueblo. Este pueblo, tan imaginativo en cuanto a sus estructuras sociales de organización auto-gestionada, no ha sabido renovar el amor. Las relaciones de amor parecen adecuarse y fundirse con el tedio de lo establecido. La madre de Marisa, la compañera de Tomás, llega a confesar a su hija esta desolante y tan real observación en cuanto a su propia pareja: "Nuestra solidaridad nacía de nuestra soledad". La pareja-refugio, núcleo prisionero de la falta de comprensión mutua, se repite entre las nuevas generaciones, producto del cambio estructural. Su práctica amorosa es casi totalmente discursiva.

El amor no puede desposeerse de la relación de fuerza que implica la destrucción del otro para la afirmación de uno mismo. El cambio se realiza a través del dolor y de la destrucción, de la desunificación que libera la creatividad de las individualidades.

María Luisa Puga plantea implícitamente la relación dialéctica entre cambio estructural y superestructural. La sociedad cambia de nombre, de definición, de estructuras, de organización, de historia, pero ¿qué pasa con las relaciones humanas?, ¿qué pasa cuando se trata de llenar un marco social incluso cuando éste se crea idealmente para facilitar un óptimo desarrollo de lo humano? La historia registra los cambios de caparazones sociales pero también debe existir otra historia —quizá sea la que preocupa a Tomás— que invente nuevas categorías de análisis susceptibles de abarcar la cotidianidad, la vida misma, la que se palpa y transforma en profundidad las relaciones entre los seres humanos.

María Luisa Puga llega a ofrecernos un reflejo aproximado de nuestra sorprendente capacidad por explorar nuevas organizaciones sociales por inventar sus más detallados y refinados módulos, pero también de nuestra incapacidad de pensar la vida desde otro ángulo, desde otra profundidad, diría yo, cuyos motores sean el odio o el amor.

identidad. Investigación, vivisección siempre y en raza propia, buceo en el charco abismal de la condición mestiza, tal y como lo conocemos, es decir sometida a la presión innumerable, única pero ubicua, de la colonización, el desprecio, la vergüenza y otras formas no menos cerebrales del "pensamiento". La obra tiende un puente directo entre México y Kenya. Puente que es también telescopio, diferido espejo de aumento con que el confuso mexicano podría entender mejor —romper— la rutilante maraña que lo promete intelectual y moderno, a la indudable altura de un progreso que degrada todo lo que no se le parezca, aseado, decente, geométrico, puntual. Algo más que una lectura —para el lector: un doloroso escribir con los ojos— *Las posibilidades del odio* es una herida, una desnaturalización —atropellada y vívida y poderosamente concentrada y lúcida— de todas aquellas coartadas, conformidades, convicciones e inadvertencias de que está tejida la somnolencia escolarizada del olvidadizo mestizo. Cuentan *Las posibilidades del odio* varias historias. Todas, una. O, si se quiere, esa historia en la que se van imbricando otras que, naturalmente y como sin querer, contienen —como se contiene un grito— la misma indecible historia, el mismo todo lo que se diga será poco. Los personajes son los invariables de siempre: las máscaras blancas contra las pieles negras, las epidermis blanqueadas por el respeto, la escuela y el caliginoso y lóbrego amáos los unos a los otros.

Lo que asombra en la obra de María Luisa Puga son, precisamente, las posibilidades literarias del odio, prístino manantial de la emancipación: es la exuberancia concisa, la severidad parlanchina de sus personajes, la soberanía indiscutible con la que se cambia y nos cambia la piel, pero, sobre todo, es el poder plástico y realizador de sus ideas e intenciones. No habla

María Luisa Puga del odio: aunque propicie —y cuánto— el nuestro, da futuro y proyecto a ese odio que, semilla, tanto y tan bien sabe sembrar. Futuro y proyecto nuestros, abiertos, compartibles, porque la obra dista de clausurarnos panfletariamente el conocimiento. Al contrario: va midiendo y contraponiendo al hombre con la idea, al espacio colonizado/colonizable con el tiempo institucional que nos llena y sacude hasta disociar ser y estar. En *Las posibilidades del odio* cada idea es más bien un cuerpo alerta, empecinado, un miembro de aquella infinita síntesis conectiva que "si la revolución..."

LA ARQUITECTURA DE LOS ERRORES

Graciela de Garay, *La obra de Carlos Obregón Santacilia*, I.N.B.A., México, 1979, 120 pp.

POR XAVIER GUZMÁN URBIOLA

El estudio de Graciela de Garay *La obra de Carlos Obregón Santacilia*, de reciente aparición, es un libro muy llamativo para el interesado en la arquitectura contemporánea mexicana, pues la historia —ya sea monográfica centrada en algún autor, el estudio de alguna corriente o cualquier otro enfoque— es un terreno tristemente descuidado hoy.

Y digo llamativo porque un estudio sobre la obra de Obregón Santacilia es un excelente pretexto que puede servir como introducción al estudio de la arquitectura mexicana del siglo XX, pues en la obra de este arquitecto, tal vez más que en ninguna otra, podemos ver la evolución que la marcó: desde la arquitectura ecléctica de fin de siglo (remodelación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, trabajo del que Obregón Santacilia decía que "todavía en aquellos tiempos se discutía el número de Luis que debería de ser el edificio") hasta

LAS POSIBILIDADES DE PUGA

María Luisa Puga, *Las posibilidades del odio*, México, 1978, Siglo XXI.

POR ADOLFO CASTAÑÓN

Las posibilidades del odio de María Luisa Puga es, como tantos textos, un testimonio, aunque también sea un signo o una máquina, catapulta repentina capaz de arrojar al nacional con la X en la frente a esa guerra civil psicológica cuyo olvido o soslayamiento constituye, para decirlo con elegancia académica, la historia de nuestra

